

La audacia del cambio

Paolo Monaco, s.j.

Celebrar el Concilio significa tomar en serio la eclesiología de comunión y comenzar verdaderamente a reformar cada aspecto de la vida de la Iglesia. Es lo que espera la familia humana: ver en la Iglesia el reflejo de su belleza.

1978. Entro en una iglesia donde están expuestos, no recuerdo con qué motivo, una serie de libros. Mi padre me pregunta si quiero comprar uno. Le respondo: los documentos del Concilio Vaticano II. Tenía 16 años, pues nací en junio de 1962. Extraña elección para un adolescente, ¿verdad?

En aquel tiempo había encontrado un grupo de jóvenes que, al margen de las parroquias y con la ayuda de dos jesuitas y algunas religiosas franciscanas, trataba de vivir el Evangelio y comprender de un modo nuevo la fe cristiana. Todos habíamos hecho el catecismo, pero la vida de la Palabra nos empujaba a «*dar razón de nuestra esperanza*» (Cf. *1Pe* 3, 15). Las respuestas aprendidas de niños no eran suficientes. Así, por la noche, antes de dormir, dedicaba algún tiempo a la lectura de los documentos conciliares. Todos. Con gran sorpresa mía, entendía en cierto modo lo que iba leyendo. Quizá era el Evangelio vivido, y vivido juntamente con los otros, lo que desde dentro iluminaba las palabras del Concilio.

1988. Comienzo el estudio de la teología. Me imagino que el Vaticano II será el punto de partida y la referencia principal, pero quedo desilusionado. Los textos son citados y presentados para nuestra lectura, pero no hay señales de una investigación teológica que parta de la eclesiología de comunión. Son raras las ocasiones en las que escuchamos y dialogamos con los grandes teólogos del Concilio. La teología que debo aprender me parece extraña, sirve para preparar los exámenes, pero no me ayuda a vivir en mi tiempo, a dialogar con los hombres y las mujeres que encuentro cada día, a entender lo que sucede en la historia que vivo. Gracias a Dios que tengo la posibilidad de nutrir mi mente con otras lecturas.

A cincuenta años del Concilio

2012. Un sacerdote al que recibo para un curso de ejercicios espirituales, me dice: «*Hace un año que fui ordenado y en seguida fui nombrado párroco. Me estoy dando cuenta que*

todo lo que he vivido y estudiado en el seminario no me sirve. He celebrado 40 funerales y 5 bautismos y estoy desmoralizado». Me produce compasión. Pasar de la formación a la realidad es una etapa humana y espiritual dura para todos. Pero comprendo su sufrimien-

La noche colectiva, cultural y espiritual, que todos, creyentes de cualquier fe y convicción, experimentamos en nuestra piel y en nuestra alma ¿no es un signo de los tiempos?, ¿no es un paso necesario para el camino que el Evangelio debe realizar para encarnarse en la cultura europea, para que de ese profundo diálogo nazca una nueva cultura y una “nueva evangelización”?

to. Porque es el mío. Han pasado cincuenta años del Concilio, hace poco he cumplido 50 años, soy sacerdote hace 18, pensaba ver una Iglesia renovada... y en cambio me parece respirar cada vez más intenso un aire de restauración. La cultura clerical de una visión piramidal de la Iglesia está todavía ahí, casi intacta, y la comunión y el diálogo parecen los grandes ausentes y son reclusos a ámbitos cada vez más restringidos.

Me pregunto: ¿Cómo es posible en Europa, a pesar del compromiso de la comunidad eclesial, la fe cristiana es ya casi marginal? ¿Cómo leer la situación actual de crisis del cristianismo, al menos en occidente, a la luz del Vaticano II? ¿Cómo continuar poniendo en práctica las orientaciones del Concilio?

El Dios de nuestro tiempo

La noche colectiva, cultural y espiritual, que todos, creyentes de cualquier fe y convicción, experimentamos en nuestra piel y en nuestra alma ¿no es un signo de los tiem-

pos?, ¿no es un paso necesario para el camino que el Evangelio debe realizar para encarnarse en la cultura europea, para que de ese profundo diálogo nazca una nueva cultura y una “nueva evangelización”? ¿O más bien se trata solamente de un rechazo de la fe por parte de una sociedad secularizada a la que hay que responder reafirmando la “potencia” sacra y cultural de la fe, la “fuerza” de la identidad cristiana y de la pertenencia eclesial?

¿Hemos de vivir esta “ausencia de Dios” como un don, misterioso, de parte de Aquel que quiere hacerse encontrar allí donde en apariencia parece no-estar? Hacer nuestros los interrogantes del mundo de hoy, ¿significará tal vez experimentar la soledad radical de quien está “sin Dios”, perdiendo, porque se da a otro, “nuestra” identidad para recuperarla nueva y renovada?

El Dios abandonado es «*el Dios de nuestro tiempo*», decía Chiara Lubich. Jesús, que sobre la cruz experimenta la lejanía del Padre, es un Dios difícil de creer. Sin embargo María creyó, y sigue creyendo, en el Dios Abandonado. Un Dios que cree en el momento de la separación y, perdiendo su identidad de Hijo, se engendra a sí mismo y a todos sus hermanos a una nueva relación de comunión con el Padre. Y le entrega a la Desolada (Iglesia) que, perdiendo a su vez a su Hijo, lo recibe de nuevo en ella, no ya como persona individual, sino como Cuerpo colectivo: humanidad redimida y en ella la Iglesia como signo y sacramento de unidad.

El Dios abandonado nos revela una vorágine de amor recíproco, consumado en la Trinidad y en María, que genera la Unidad. El Padre, de hecho, es el primero que quiere perder a su Hijo para re-encontrarlo en la Humanidad (María). Y todo esto sucede en el Espíritu que se deja enviar por el Padre y por el Hijo a la Humanidad, a fin de que ella sea capaz de engendrar a Dios

en la historia y sobre la tierra, aquí “*en medio de nosotros*” (cf. Mt 18, 20).

La Iglesia de Cristo

Escribe Chiara Lubich: «Cristo es la semilla. El Cuerpo místico es la copa. Cristo es el Padre del árbol: nunca ha sido tan verdaderamente Padre como en el abandono, donde nos engendró como hijos suyos, en el abandono, donde se anula a sí mismo pero sigue diciendo: Dios. El Padre es la raíz del Hijo. El Hijo es la semilla de los hermanos. Y fue la Desolada quien, como corredentora, en tácito consentimiento a ser Madre de otros hijos, arrojó esta semilla en el Cielo y el árbol floreció y florece continuamente en la tierra»¹.

El Concilio hizo que la Iglesia de Cristo redescubriera su identidad más profunda: ser un pueblo «sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG, 1), «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG, 4).

El reto de nuestro tiempo es hacer que esta realidad llegue a ser una experiencia vivida y, porque es vivida, es comunicable. El primer paso es desprenderse del modo de ser Iglesia durante los últimos 500 años. Tener el coraje de dar este paso, o mejor, de dejarnos conducir en este paso por el Resucitado que camina entre nosotros.

El Dios abandonado es «el Dios de nuestro tiempo», decía Chiara Lubich. Jesús, que sobre la cruz experimenta la lejanía del Padre, es un Dios difícil de creer. Sin embargo María creyó, y sigue creyendo, en el Dios Abandonado. Un Dios que cree en el momento de la separación y, perdiendo su identidad de Hijo, se engendra a sí mismo y a todos sus hermanos a una nueva relación de comunión con el Padre.

El Concilio hizo que la Iglesia de Cristo redescubriera su identidad más profunda: ser un pueblo «sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano», «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Es Él quien nos ha dado la espiritualidad de comunión que tiene por objeto conducirnos hacia un modo nuevo de ser Iglesia, para construir, como decía Chiara Lubich, «una infinidad de Iglesias» marianas, domésticas y populares: «¿No será acaso Jesús en medio de estas Iglesias volantes, que pueden ir a todo el mundo, el alma del mundo del mañana? ¿Y no será acaso que Dios permite esta invasión de un mundo ateo, pero que hace también algo constructivo, para hacer de modo que todas las verdades (...) retornen a la fuente, es decir a Jesús? Y esto siempre a través de pequeñas cosas, como Jesús que nace en un establo, a través de dos o más: dos o más chicos, dos o más chicas, dos o más señoras, la mamá y un hijo, la nuera y la suegra, dos o más. La idea de poder construir con Jesús-persona en medio de nosotros una infinidad de Iglesias, es la idea que más me viene a la cabeza en estos días y quisiera comunicarla a todos vosotros (...) Yo quisiera (...) comunicaros sobre todo la pasión, que invade mi corazón, de invadir la humanidad, de construir en toda la humanidad estas Iglesias»².

Celebrar el Concilio significa tomar en serio la eclesiología de comunión y comenzar a re-formar verdaderamente cada aspecto de la vida de la Iglesia. Es lo que espera la familia humana: ver en la Iglesia el reflejo de su belleza.

¹ Ch. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid, 2002, p. 79.

² Id., cit. en *Unità e Carismi* XIX (2009/4) 15.